

desdentada y muy olorosa á algo, que, si no es ámbar, tampoco es brea, porque es tabaco trasnochado.

Los muchachos se huyen de la escuela para ir á la *polaca* á jugar los centavos adquiridos por medio de la rapiña á la *cuenta de la plaza*; juegan á hurtadillas y ganan de á montón.

Esta es la *Polaca*, y hasta mis oídos parece que llega el cantar del cantador que grita con voz atiplada y gan-gosa:

¡Ah, mundo.....cómo *te ve* y cómo *te ejtá* miráando.....!



X

El Anchetero.

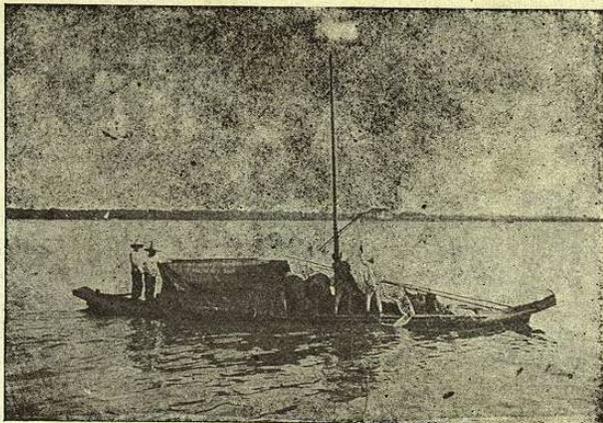
EN los sueños—también los pobres sueñan—de esta gente que tiene por único recurso unos fornidos brazos y por sólo patrimonio una honradez acrisolada, es ahincado el deseo de hacerse anchetero para llevar, por río arriba, grande y espaciosa canoa, cargada hasta las falcas con mercancías que serán vendidas por toda la orilla.

El viaje es dilatado y el trabajo duro a través de las aguas del Papaloapan; la canoa parece que pasea poca agua, tal de largas y repetidas son las estancias en las riberas para surtir de efectos á los habitantes de los ranchos y poblados.

El anchetero está de jornada: ha embarcado centenas de garrafones con aguardiente, cajas conteniendo jabón, latas de petróleo, sacos de sal, artículos todos ellos de mucha demanda por los puntos de itinerario del viajante; quedó listo el bastimento y surtida la cocina, cuyo fogón

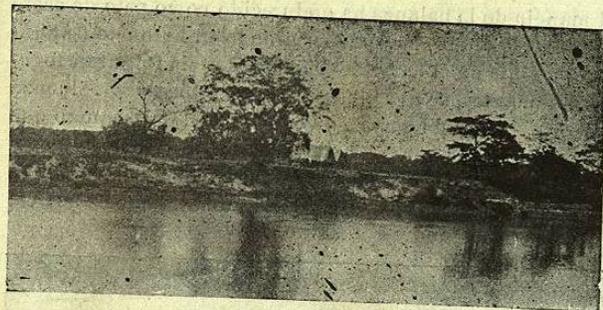
CAPITULO VII

fué improvisado, bien en un anafe de luengas dimensiones, ó bien dentro las ma leras de ancho cajón, ambos rellenos de tierra con una capa de ceniza; las vituallas se reducen á piloncillo, café, arroz, frijol, tasaajo, agua potable, galleta, y como regalamiento para días festivos, un galoncito con licor de *nanche*, plátanos ya en sazón, tostado totoposte y algunas gallináceas que se regocijan con tomar pasaje en el espinazo del toldo; la cocina ambulante va puesta en el banco de popa, inmediata al toldo, camarote para estos navegantes que emprenden incomportables trabajos en travesías en que no hay punto habitable que no aborden; ni laguna que no surque, ni corriente que no venzan.



Llega la hora de marcha: leván el ancla, enhiestan el mástil en la carlinga, estiran las drisas, dan la vela al viento y los remos al agua; cuando el viento hincha la vela, el remo se está que lo y la palanca ociosa; pero tranquilo el viento, abren camino con el remo y la palanca bajo la sombra apacible de los barrancos, donde semejan los árboles y los zacatales sombras curiosas que se miran en el espejo fríode las aguas.

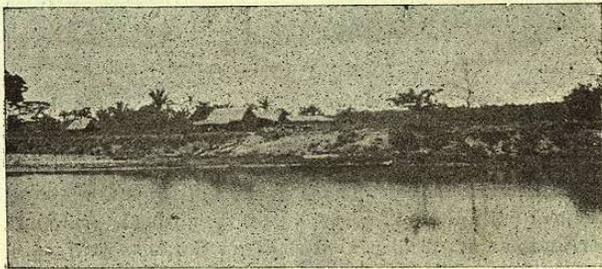
Y no va la embarcación menos pronta al impulso de remos y palancas que con la vela desplegada; los incansables canoeros al impelerla con ligereza hacen romper en olas y en espumas la tersidad del río; caminan todo el día, suspendiendo las faenas únicamente á la hora de comidas; entonces dejan correr la canoa al soplo de la brisa y al gobierno del timón, cuya caña es manejada por robustas piernas cuando los brazos están ocupados en *espequear* el remo; ó hacen parada debajo de las ramas de algún cor-



pulento árbol que asoma sus fuertes raíces entre las grietas de la tierra, un tanto socavada por la impetuosidad de las aguas que bajan de allá de lo alto de la lejana sierra, amenazando arrancar de cuajo á los soberbios manglares, añejos guardianes del bosque, para arrojarlos la acelerada corriente en un desfile fúnebre de no llorados naufragos.

Allí el pronto almuerzo, de pechos sobre la *costanera*—puesta encima de la falca—ó en cuclillas dentro del toldo; café á pasto, galleta á discreción, tasaajo á la medida, frijoles y arroz á rancho y agua hasta dejarlos sacios; con charla por todas las bocas, alegradas de largo buche dado al galón del *nanche*; hartos los estómagos, fumados los vegeteros olorosos ó los *colecados* cigarrillos, continúa la navegación hasta puesto el sol y muy salidas las estrellas; si la luna alumbra llena la obscuridad del camino, se turnan

los canoeros en las maniobras fluviales y viajan toda la noche; el jefe de la expedición es quien duerme aún en noches en que la marcha no se interrumpe, metido en exiguo *pabellón*, baluarte inexpugnable contra el picar rabioso de los mosquitos que zumban en legiones; la noche es silenciosa de voces humanas: solamente se escucha el graznido de las aves nocturnas que persiguen su caza; el sordo sonar del remo entre las aguas; las rápidas pisadas del canoero que corre por sobre la larga *costanera* puesto, para el fuerte empuje, el extremo de la palanca en el pecho — que el manejo de la palanca ha endurecido como peto de acero — mientras el otro extremo terminado en horqueta se hunde fijamente en el lecho del río; á distancia fulguran fogatas humeantes, se oye el ¡tóoma. . . . ! ¡tóoma. . . . ! ¡onza de ooro ! ¡blanca de nieve ! del vaquero que llama al ganado para meterlo al corral y ordeñarlo luego; el ladrido de los perros aumenta; la luz colgada en el único mástil de la canoa, cabecea: es la ranchería que se acerca;



el que está en vela despierta al anchetero que duerme; con los ojos legañosos, el habla ronca y el humor negro, se levanta el dueño de la ancheta, pone en pie á toda la gente; péganse los canoeros al remo, atraviesan el río y tocan la orilla opuesta; un hombre, alumbrando con débil farol, camina hacia la orilla

—¿De quién é la canoa?—pregunta.

—¡Soy yoóo !—responde el patrón como aquel que está seguro de que lo conocerán apenas abra la boca.

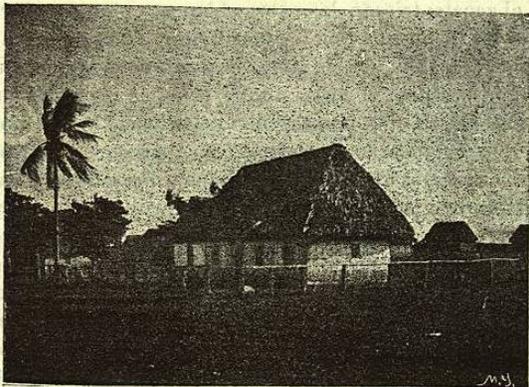
—¿Trujo sal?

—¡Sí!

Y cuando todavía las luces de la aurora no iluminan ni los arreboles tiñen el cielo, entran aquellos hombres en contrataciones.

Arreglados en precios, se descarga lo que el comprador necesita; se hacen las cuentas en un quitame allá esas pajas, se convienen en las condiciones de paga, y vuélvese el hombre con su farol al caserío, no sin gritar antes á modo de oferta: ¡A la vuelta pago! Dejan los canoeros la carga comprada en tierra, desamarran la canoa y prosiguen la marcha cuando Dios amanece.

Es pleno día: la canoa avanza impulsada por el rudo botar de la palanca y el pausado bogar del remo; pues el aire ha entrado en quietud haciendo inútil el uso del trapo; el cielo está diáfano, la sierra azulosa y el río tan transparente que en su fondo se cuentan las guijas y los peces; á lo lejos se extienden en abanicos susurrantes las palmas de los cocoteros que aun apenas pueden sustentar la pesada carga de sus redondos y aguanosos frutos; en la playa



CAPITULO V. EL ANCHETERO

toman el sol los lagartos, abiertas las descomunales bocas, que más parecen sepulturas prontas á cerrarse que dientes preetos á devorar la acechada presa; entre los arbustos se levantan los caballetes color de cepia de las chozas, techadas de palmas secas; unas ennegrecidas por el humo de la cocina y otras con el techo recién puesto, techo de un pajizo tono que contrasta vivamente con el verde intenso de las hojas de los cafetos; ya frente de los ranchos la caoua, una voz grita desde el barranco:

¡Patróon . . . ! ¡Patróon . . . ! ¡Aaalto . . . !!

Y el anchetero manda echar el ancla.

Rápido *bongo* recorre la distancia que separa la canoa de la orilla; llega el marchante, se informa de la venta, regatea sobre precios, compra al cabo; carga la no tan pequeña como frágil embarcación, bien con un saco de sal, ó una caja de jabón; desatraca de la canoa y cobra nuevamente rumbo hacia el lugar de donde vino.

Espéndido es el paisaje: sobre tozas de madera que lamen en lento vaivén las aguas, las mujeres lavan su ropa en redondas bateas, con cantinela pastoril en los alegres labios y afanoso refregar en las apresuradas manos; llevan sueltas las trenzas negras como de azabache, coronada la cabeza de pálidos y olorosos súchiles; arriba verdea el zacate; triscan las cabras blancas como la nieve, y balan las ovejas de vellón amarillento y crespo; cerca del rancho, con tabiques de *yagua* y sombreado por copudos mangos, se dilata el corral donde, echadas sobre los cuartos traseros, ruman perezosamente las vacas y berrean los becerros reclamando el pezón de las ubérrimas tetas; frente de los jacales albean las azucenas y los nardos y enfloran la vereda las rojas y diminutas clavellinas; dos naranjos perfuman de azahares el aire poblado de cantares que dulcifica el sonar de jarana bullanguera, rasgueada por el rancho que en movable hamaca, tendida de uno á otro tronco de los naranjos, espera dormir la siesta; las garzas levantan el vuelo al tiro aleve de oculto cazador y pueblan de manchas blancas el límpido azul, en tanto que la canoa

viajera se aleja y pierde en la línea oscura del dilatado monte. . . .

Así va la canoa haciendo estaciones en un espacio de muchas leguas; por algunas ventas recibe el patrón dinero contante en pago, ó promesa de efectuarlo á la vuelta; en otras, se practica la operación de trueque, cambiando mercancías por mercancías: de este modo la canoa descarga por una parte y carga por la otra; llegada la embarcación al lugar en que las aguas no son navegables, toma río abajo, recogiendo el patrón las cantidades que han ofrecido pagarle; las entregan religiosamente sin falta ni diferencia en las cuentas, y con estas pagas compra de aquellas mercancías que son de venderse en el pueblo; ya de vuelta, el viaje se hace más veloz, porque la corriente del río es fuerza que no necesita de mucha vela, ni pide fuerte remo, ni reclama continuada palanca.

El anchetero llega á la ciudad de regreso del viaje, el cual dura por lo menos un mes; paga en los almacenes con metálico el valor de las mercancías tomadas á plazo— plazo que resulta ser el tiempo que dura la expedición— ó da á falta de plata, pieles, algodón, café, maíz, todos artículos que ha recogido en su viaje á cambio de otros.

Pagadas sus cuentas, liquidada su *gente*— como llama á los compañeros de jornada— descansa unos ocho días al lado de su familia; pasea alegre, y franco se divierte por el terruño, vestido con traje nuevo ó ropa limpia; en sus holgorios juega carambolas en el billar, ó una partida de tresillo, de las muchas que se discuten entre los parroquianos del cafetín de Ravelo, ó del que fué antes "Café del Alba", bautizado hoy con el nombre de "PIL ROC", que no sabemos de dónde vino el tal, aunque lo pronuncien todos con adulterado acento anglicano que dá risa oírlo; come sazonado y caliente para darle gusto al paladar, condenado en largas expediciones á la privanza y al desarreglo; halaga á su mujer y mima á los hijos; acabado este gusto de pocos días, se surte en los almacenes para el tráfico; y el tiempo, que nada perdona ni á nadie espera, le obli-

ga á hacer luego vela para peregrinar por las aguas del Palaoapan en busca del vellocino de oro, oculto siempre trás el azul de aquel desfile brumoso de montañas que ciñen el horizonte marcando la silueta ondulante de la lejana y empinada serranía.



El Patio.

FUÉ siempre la mujer amiga de la flor, porque no le quita hermosura ni le provoca celos, antes bien la adorna y la mejora; y con el cuidado y trato que le prodiga, parece que se asimila algo de su lozanía y todo de su frescura.

Y aquí en el terruño— donde el año entero es un dilatado abril— son las flores para nuestras mujeres ornato de sus galas y regalo de sus deseos, que no aderezo y deleite de sus sentidos; con ellas se adornan, sencillas, y en ellas se miran, complacientes, como en el más estimado y precioso don que la pródiga naturaleza derramó sobre el haz de la tierra, para transfigurarla en bello y donairoso trasunto del Paraíso antes del pecado.

La costeña necesita de un pedazo de tierra, en el cual poner juntamente con su cuidado mucho de su cariño, para cultivarlo y hacerlo florecer galano.

CAPÍTULO VII